

¿Cuál es el ojo que puede verse a sí mismo?

STENDHAL

La mujer de enfrente se mudó ayer.

Sivori, desde entonces, no tiene vida. O tiene una vida que consiste en estar pendiente de la mujer que acaba de mudarse.

En cada palier hay dos departamentos. Dos puertas de hierro, frente al ascensor, que en el quinto piso están pintadas de color verde oscuro. En uno de esos dos departamentos del quinto piso de un edificio antiguo vive Sivori. En el otro, desde hace años, no vivía nadie. Ahora vive la mujer de enfrente. ¿Ya vive ahí? ¿En apenas treinta horas se puede decir que ella vive ahí?

Esta es una cuestión que distrae un rato a Sivori mientras se prepara el almuerzo.

Él se prepara el almuerzo y mira por la ventana de la cocina.

Siempre mira por la ventana de la cocina. Lo hace todos los días. Lo hacía también cuando el departamento de enfrente estaba desocupado. Y eso ha sido así a lo largo del tiempo.

Sivori acaba de cumplir 51 años.

Hace un mes, o un poco más de un mes, Sivori cumple 51 años. Ese día le pareció una enormidad. Algo incomprensible.

Ese día, y los días siguientes. Sivori es director de cine. Y cuando ahora piensa en la mujer de enfrente es porque piensa desde ahí, desde la cocina. Entonces el departamento de al lado es el departamento de enfrente.

A esa hora, Sivori, casi todos los días, se hace algo de comer. ¿Tiene hambre? A veces no. Pero incluso en los días en que no sabe si comer o no comer él se prepara el almuerzo. En la cocina de enfrente en este momento no hay nadie. Y Sivori se pregunta si es así como debe decirlo. Hasta el día de ayer en la cocina del departamento de al lado nunca había nadie. Hoy las cosas han cambiado; pero él sabe, o piensa, que ella se ha venido a vivir sola. Él no sabe si ella siempre ha vivido sola. Pero ahora ella vivirá sola. Por eso, también, decir que no hay nadie es una manera de decir. Ella no está. Eso es más claro. Suena mejor. El sol da de lleno en una piletta de acero inoxidable: un recipiente con opacos reflejos del sol, en la cocina de enfrente. Él echa la pasta en el agua que hierve. Sivori no quiere hacer una película sobre Eva Perón; a Sivori no le interesa contar la vida de Eva Perón; Sivori, a decir verdad, se pregunta si se puede hacer una película que desentrañe de la manera más simple posible por qué Eva Duarte se convirtió en una leyenda. Solo eso. Pero a Dippy no le gusta la idea.

Él revuelve las orecchiette con una larga cuchara de madera en el agua que hierve. Su cocina se llena de ese olor suave a pasta, ese olor que enternece a todos los que aman la pasta seca.

¿Con qué come la pasta, Sivori?

Las orecchiette las come con una salsa de tomate que compra en el supermercado. Si fuesen, en cambio, spaghetti o linguine los haría all'olio. Por eso él ahora vierte salsa en un jarro enlozado y pone el jarro en el fuego. También

revuelve la salsa con la cuchara de madera. En veinte minutos está todo listo y Sivori se sienta a la mesa, se sirve una copa de vino y come.

No mira televisión, no lee el diario, no toma notas mientras come. Le gusta pensar en otra cosa. Que las ideas den vueltas, y vayan cambiando, y de pronto ya no saber por qué está pensando lo que está pensando. No es un fenómeno intrascendente, la manera de pensar. Así que ahora ella vive ahí. No. Todavía no se puede decir una cosa así. Dentro de una semana, por lo menos, o dentro de dos semanas, a lo mejor..., sí, quizás dentro de quince días ya sería posible. Todas las cosas que cambian requieren de un tiempo más o menos razonable, de un tiempo que permita asimilarlas, para ser lo que entonces son.

Él le agrega, a la pasta, una cuchara de queso rallado. Y toma un trago de vino. Malbec. Un varietal joven. Ahora todo el mundo, en este país, toma malbec. Pero en rigor no sabe cómo hacer, Sivori, esa película.

De esto no se puede hablar con nadie, dice, en un bar, sin que te salgan con que hay que cortarla con el peronismo.

Yo no soy peronista, dice Sivori.

Es verdad. Nunca fue peronista, él.

Dippy está molesto y no quiere seguir la conversación con Sivori sobre esa película. La propuesta fue de él: Hay un poco de guita, le dijo Dippy, un par de semanas atrás, para hacer una película sobre Eva.

¿Otra película sobre Eva?, pregunta Sivori entonces, de mal humor, y agita la cerveza en su vaso. Hace calor, ese día, en ese bar de Palermo Viejo, y el aire acondicionado no funciona.

Sivori preferiría no hacerlo, pero lo hace. Interrumpe su almuerzo y toma notas en una notebook. Una, dos..., tres notas. Después recoge el tenedor, revuelve las orechiette

que quedan en el plato. Las mezcla mejor con la salsa y con el queso rallado. En ese momento reaparece la mujer de enfrente. Y Sivori contiene la respiración.

Ella ¿puede verlo a través de las varillas de la cortina veneciana que hay en las ventanas de la cocina de él, varillas grises, metálicas, delgadas?

No.

La mujer no puede verlo.

O eso es lo que Sivori cree.

Él sí la ve, porque las varillas están bien horizontales, paralelas, entreabiertas...

Ella viene con una bolsa grande de papel madera, saca cosas de la bolsa y las pone en la heladera o las deja sobre una mesa. Él reconoce dos potes de yogurt, un poco de pan, y queso. Ella guarda otras cosas pero Sivori no ve bien de qué cosas se trata. Una caja de leche, quizás. ¿Calabazas? ¿Coca-Cola Zero? Y un paquete envuelto en papel de almacén, o de rotisería, papel blanco, un paquete que podría tener mayonesa de atún, o jamón, o vitel thoné. La heladera de la mujer de enfrente es una vieja Siam de esas que venían con una palanca vertical para abrir la puerta. Una Siam que seguro tiene congelador pero no freezer y que ella trajo de su domicilio anterior. La vieja Siam parece nueva, mirada desde ahí.

Sivori no puede terminar su plato de pasta.

Ya no tiene hambre.

O se le cierra el estómago.

Toma el último trago de vino. Mira el vaso vacío. Lo deja sobre la mesa. Sin darse cuenta se pasa una servilleta de papel por los labios y luego se queda con la servilleta entre los dedos. Piensa, Sivori, o parece que piensa.

La mujer de enfrente hace ruido en la cocina. Deja caer algo, por ejemplo, en la pileta de acero inoxidable. Una

cuchara. O un tenedor. El sol ya no da de lleno en la pileta. Pero en la cocina de la mujer de enfrente el sol del mediodía o de la primera hora de la tarde sigue allí. El sol se mueve, o se desliza, o pasa. ¿Como pasa una vida?

No lo sabemos.

Sivori se propone comprar mañana una botella de cabernet sauvignon. Le gustaría decir que mañana quiere comprar una botella de vino tinto de Burdeos, pero la ocurrencia le parece inútil, sentimental, un gesto esnob o desahuciado... ¡Llamar a las cosas como se las ha llamado siempre, una vulgaridad, un freno en la rueda del tiempo!

La mujer de enfrente se sienta en una silla junto a la mesa, en el comedor diario de su casa, y hojea *La Nación*. Levanta, de vez en cuando, la mirada. Pero es una mirada distraída o absorta en sus pensamientos. Una mirada que no ve. Por eso Sivori vuelve a respirar. Ella no puede verlo. No en este momento. No cuando algo que ha leído, por ejemplo, le llama la atención y levanta la mirada y se detiene en otra cosa. La mujer de enfrente tiene una remera gris de mangas largas con un escote redondo, un jean, zapatillas, el pelo suelto, y un reloj en la muñeca izquierda, uno de esos relojes de goma, negros, sumergibles.

Lentamente, ella, después, vuelve a leer el diario.

La mujer de enfrente tiene 43 años, es delgada, usa anteojos para leer, y a Sivori le corta la respiración.

¿Cómo se llama, ella?

Sivori tiene muchas dudas. Por ejemplo: no quiere hacer una película biográfica. Y tampoco quiere hacer un documental. No. Eva ha pasado por demasiadas falsificaciones: novelas, películas, biografías, obras de teatro, musicales... La idolatría partidaria o el desprecio gorila. La hojarasca peronista. El mito que oculta el mito.

¿Qué película quiere hacer Sivori?

Al principio se negó. Le dijo a Dippy que no, que el proyecto no era para él. Yo no soy peronista, dice. Y Dippy se encrespa. Las cosas siempre son así con Sivori. Dippy lleva un montón de tiempo buscándole un proyecto posible. Y ahora eso.

Siempre es así con vos, dice Dippy y mueve la cabeza. Contempla, a través de las ventanas y las puertas, los árboles de la Placita, enfrente. No se puede fumar. Tiene ganas de fumar, el amigo de Sivori, pero ahora no se puede fumar en los bares.

Unos días después, sin embargo, Sivori lo llama por teléfono y le dice que se le ocurrió algo, no está seguro todavía, pero es la punta de algo, una alternativa, o, por lo menos, una manera de pensar en esa película. Creo que ya sé qué película haría, le dice a Dippy.

Una película sobre el tiempo.

O, mejor dicho, una película fuera del tiempo.

Eso es.

Eva Duarte es una chica que sabe que el tiempo corre a su favor siempre y cuando el tiempo que pasa sea un tiempo escaso, corto, incomprensible en la realidad y en sus efectos porque es un tiempo de transformaciones traumáticas, el tiempo del vértigo para un país perplejo.